/1

Aspectos marxistas en la obra de John Berger, *Pig earth*

José Manuel Estévez Saá

De cara a una justa hermenéutica de Pig Earth, (John Berger, 1979), trabajaremos por intentar *entender* aquello que se nos quiere transmitir. Para ello será necesario dar respuesta a dos cuestiones fundamentales: en primer lugar, la *relación* del autor con aquello sobre lo que escribe, y, en segundo lugar, el propio *trasfondo* de la obra, es decir, la realidad social en la que ésta se asienta. En cuanto a la primera, es de todos sabido que John Berger vive desde hace años en un pequeño pueblo de la Alta Saboya francesa, decorado éste, en el que se ambienta toda su trilogía. Y es precisamente en uno de los ensayos de que se compone el libro (aparte de poemas e historias cortas), concretamente en el primero, "Una explicación", donde el escritor da respuesta a la pregunta -por otro lado planteada por él mismo-, "¿Cuál es la relación del escritor con el lugar y la gente sobre la que escribe?" (18). En este ensayo Berger se nos autopresenta realizando tareas propias de un campesino, segando el heno y sufriendo en el trabajo las inclemencias del tiempo que hacen que las labores del campo se le hagan todavía, si cabe, más agotadoras.

"Maldije la pendiente y el trabajo que quedaba por hacer. Si hubiera podido golpear al sol y al calor que nos enviaba, lo habría hecho."

Pero es unas líneas más abajo donde, por primera vez, nos confiesa su verdadera profesión. "No soy campesino. Soy escritor: mi escritura es al mismo tiempo un vínculo y una barrera." Y llega incluso a intentar explicar las razones que lo llevan a escribir:

"Sean cuales sean los motivos políticos o personales que me conducen a escribir algo, en cuanto empiezo, la escritura se convierte en una lucha por dar significado a la experiencia."

De estas palabras surge la necesidad de profundizar en un concepto clave para el escritor: la experiencia. Para intentar entender qué es lo que Berger entiende por *experiencia* (19), utilizaremos en primer lugar las propias palabras del autor presentes en la siguiente página. Para ello debemos partir de la base de que para Berger el acto de escribir consiste en un movimiento de aproximación a la experiencia sobre la que se escribe, y es precisamente este acto de aproximación el que intenta explicar en las líneas siguientes:

"La experiencia es indivisible y continua, al menos en el transcurso de una vida y tal vez en el de muchas. Nunca tengo la impresión de que mi experiencia sea sólo mía, y con frecuencia me parece que me ha precedido. La experiencia se repliega sobre sí misma, se remite a su pasado y a su futuro mediante los referentes de esperanza y miedo; y, utilizando la metáfora que se encuentra en el origen del lenguaje, está continuamente comparando lo parecido y lo dis-

tante. Y así, *el acto de aproximarse a un momento dado de la experiencia implica escrutinio (cercanía) y capacidad de conectar (distancia).* A medida que se repite a sí mismo, el movimiento de la escritura aumenta su intimidad con la experiencia. Y, al final, si tienes suerte, el significado será el fruto de esa intimidad." (20).

De este modo, considero que lo que John Berger nos pretende insinuar es que toda lengua (representada en su escritura) además de ser instrumento primordial de comunicación, es inherente a la persona humana y símbolo de su identidad. La lengua deberá, pues, ser interpretada como el único medio con el que contamos para transmitir la cultura, general y particular, tanto a sucesivas generaciones como dentro de una misma generación. Por ello si se interpreta la cultura como lo aprendido frente a lo natural, ésta es inexplicable sin el lenguaje y la escritura, puesto que la propia capacidad semiótica de la escritura nos permite hablar del mundo y de sí misma. De modo parecido, Víctor Sánchez de Zavala (1973: 45), entiende el lenguaje como *articulación de la experiencia*:

"Algo repetido por toda la tradición lingüística europea, al menos desde Herder hasta los propios Saussure y Hjelmslev, así como Chomsky es la siguiente: el hecho de que el lenguaje no es solamente comunicación, sino *articulación de la experiencia.*"

Para Berger la escritura no es sólo una acumulación de características significativas, sino también aquello que nos permite definir y decodificar la experiencia, y esa decodificación nos permitiría descubrir las razones que nos impulsan a escribir. Esas razones serían, pues, el resultado de una proyección inconsciente de la experiencia y de los sentimientos que se encuentran ocultos en nuestra mente y que no son sino el reflejo íntimo de la sociedad en la que nos desenvolvemos. John Berger no es un campesino, pero entiende perfectamente a los campesinos gracias a su experiencia, que consigue, poniendo en práctica la técnica que expone en el párrafo de la página 19 previamente citado. Berger para ello realiza un acto de escrutinio (cercanía), conviviendo con los campesinos, compartiendo sus costumbres y, probablemente también, sus carencias y preocupaciones en el tiempo que ha decidido pasar con ellos; y, al mismo tiempo, tiene esa capacidad de conectar (distancia), lo que le permite intentar buscar solución o por lo menos mostrar ese estado de progresiva extinción que les afecta. Y esa experiencia es la que trata de manifestar a través de la escritura.

En la página 21 Berger va todavía más lejos y elabora dos listas paralelas en las que expone lo que tienen en común y de diferente su familia y las familias campesinas con las que convive. Así, de entre características comunes destacan "la participación en las ceremonias del pueblo; funerales, bodas, etc", "experiencia en los trabajos manuales básicos" y "la buena disposición en el intercambio de servicios". Entre aquello que los diferencia merecen especial mención "la lengua materna", "las perspectivas económicas", "el asentamiento en un lugar durante toda la vida", y "el grado de resistencia física". Más adelante llega a ser todavía más rotundo diciendo que aún compartiendo muchas costumbres con aquellos que los rodean, están "libres de aquellas necesidades que han determinado la mayoría de las vidas del pueblo".

El trasfondo del libro lo constituye una realidad social en la que el campesino y, más concretamente, el "trabajo", se erigen como los ejes centrales que dirigen las historias. Así, es el mismo trabajo la realidad que da pie a otras no menos importantes circunstancias sociales tales como los problemas de clase, de política y de explotación, en los que el campesinado aparece reflejado (junto con la clase obrera) como la base sufridora y explotada de la realidad, como muestra lo que Émile en la séptima historia "El valor del dinero" dice a los inspectores:

"Ponen impuestos a todo lo que pueda agradar a los pobres. La sal, el tabaco, el aguardiente; los pobres no tienen derecho a los placeres.¡Si los tuvieran, los ricos se desanimarían!." (128)

Berger parte de un estado de circunstancias ante el que no se muestra pasivo ni anónimo; intenta "denunciar", bajo una aparente simple reflexión, la progresiva destrucción y desaparición de un grupo social, el campesinado, que es víctima de un entramado de injusticias y opresiones. Los propios campesinos se cuestionan su futuro, una preocupación ésta que es constante ya en el quehacer diario puesto que saben que lo que están plantando o cultivando dará sus frutos en un futuro más o menos próximo, más o menos certero, y que, además, dependerá en gran parte de otras muchas circunstancias ajenas a su decisión (clima, etc). La alternativa sugerida consistiría en luchar en pos de un futuro en el que todos los hombres tengan igualdad de derechos delante de la "cor-

nucopia" que hoy en día sólo pertenece a unos pocos. El campesino entiende el trabajo como parte importante en su vida. Para su futuro, como Berger manifiesta, el campesino soñaría utópicamente con "un futuro en el que el trabajo no deja de ser necesario, sino condición indispensable para la igualdad" (263). Así, Berger de nuevo da entrada a su teoría política y manifiesta, un poco más abajo, que "los ideales de igualdad marxista y burgués presuponen un mundo de abundancia; exigen la igualdad de derechos para todos...". El campesino aparece deseoso de un ideal de igualdad que sugiera una lucha fraterna contra la escasez y un reparto justo del producto del trabajo. Este ideal de igualdad transmitido por Berger, encuentra su eco en las propuestas que el propio Marx un siglo antes había preconizado:

"Cuando sobrevenga la acción, el trabajo, en lugar de dividir y esclavizar a los hombres, los unirá y libertará, dando expresión plena a sus capacidades creativas en la única forma en que la naturaleza humana es totalmente libre." (Cardona, 1991: 93)

Pero la realidad es otra bien distinta en la que el campesinado forma parte de una cultura de supervivencia totalmente opuesta a la actual y generalizada cultura del progreso.

Nuestro autor refleja la realidad diaria a la que el campesino francés tiene que enfrentarse, con todas sus labores, obligaciones, fatigas e injusticias, y así nos lo demuestra en todas y cada una de sus historias, en las que las labores y actividades propias del campesino están descritas y analizadas hasta el más mínimo detalle. Tareas como la siega del heno, la elaboración del aguardiente, la técnica del pastoreo, la matanza del cerdo, el sacrificio de la vaca, el proceso de siembra y recogida de productos del campo, así como su posterior salida al mercado y los precios que en éste adquieren esos productos, etc, se nos presentan de una forma totalmente pormenorizada, lo que nos demuestra el responsable trabajo de investigación y el alto compromiso de Berger con ese mundo rural sobre el que nos pretende concienciar.

Aquí, en su "Epílogo Histórico", John Berger nos da las claves socio-políticas económicas y culturales de ese mundo campesino sobre el que nos quiere hacer reflexionar.

La clase campesina es presentada como una clase en peligro de extinción, como una clase que debido a presiones de todo tipo puede dejar de existir, y así lo manifiesta el propio Berger:

"La vida campesina es una vida dedicada por entero a la supervivencia. Ésta es tal vez la única característica totalmente compartida por todos los campesinos a lo largo y ancho del mundo." (255)

Más adelante incluso dice "puede que dentro de un siglo los campesinos hayan desaparecido." (256)

El campesino aparece como el único ser capaz de autoabastecerse a sí mismo, y así lo ha hecho a lo largo de la historia; aparece como una persona totalmente consciente en lo que respecta a su economía siendo ésta la que condiciona todas y cada una de las acciones y labores que a diario realiza. Injustamente tratado a lo largo de los años, el campesino no sólo tenía que ceder y superar "el hándicap permanente de que le arrebataran una 'plusvalía'" sino que también:

"tenía que vencer, en la mitad de su economía dedicada a la subsistencia, todos los riesgos de la agricultura: malas cosechas, accidentes, empobrecimiento del suelo, pestes, y sobre todo, estando en la base, con una protección mínima, tenía que sobrevivir a las catástrofes sociales, políticas y naturales: guerras, plagas, fuegos, pillajes, etc." (259)

El campesino es presentado como un ser conservador, pero este conservadurismo es descrito bien distinto del conservadurismo de la clase dirigente del poder y de los privilegios. Tan sólo se trata de una forma de mantener una existencia cada vez más efímera, de defender unas costumbres y una forma de vida que tristemente está cada vez más sometida a un proceso de cambio y de tecnologización constante y amenazador, "el conservadurismo campesino no tiene nada que ver con el conservadurismo de la clase dirigente". (272)

Así, tratando de analizar el significado y las consecuencias de esta amenaza de eliminación histórica, Berger concluye que "en cuanto uno acepta que el campesinado es una clase de supervivientes... toda idealización de su modo de vida resulta imposible", y que "en un mundo justo no existiría una clase social con estas características" (276). De este modo, la única solución que Berger parece vislumbrar sería la creación de un desarrollo político bien distinto en el que los campesinos llegasen a tener una visión de ellos mismos como una clase más, con un poder tal que les permitiese realizarse como clase importante dentro del aparato social y cultural de cada país.

Debemos recordar que para Marx (Cardona, 1991: 92), la condición de un individuo viene señalada por el

rol que éste desempeña en el proceso de producción social. De este modo, los hombres actúan siempre en virtud de las relaciones económicas que mantienen con los demás miembros de su sociedad, sean o no conscientes de ello. Es por ello que, según Marx, la más poderosa de estas relaciones estriba en la propiedad de los medios de subsistencia, ya que la más apremiante necesidad es la necesidad de sobrevivir. Los hombres logran subyugar su mundo gracias a su actividad, a su trabajo y a su forma de pensar. Y así lo entendía Marx: "en el curso de su actividad, el trabajo transforma el mundo del hombre, y también a éste," (Cardona, 1991: 92). Entre las invenciones del hombre figura la división del trabajo, presente desde las sociedades primitivas, y para Marx esta división del trabajo tiene como resultado "el incremento progresivo de la productividad, llegándose incluso a obtener más riquezas de las necesarias, lo que crea la posibilidad del ocio y, por otro lado, de la cultura; pero asimismo, esta riqueza sobrante se emplea como medio para privar a otros de beneficios y obligarlos a trabajar de cara a una nueva acumulación de riqueza, lo que conlleva como consecuencia la división de la sociedad en dos clases: los controladores y los controlados," (Cardona, 1991: 92).

John Berger no anda lejos de esta concepción Marxista del proceso del trabajo y la producción, a la que también se aproxima tras un proceso de escrutinio (cercanía) -viendo los puntos que comparte con la teoría de Marx- y capacidad de conectar (distancia) -siendo capaz de retomar unas teorías propuestas en un momento histórico anterior pero que atienden muy bien a la situación actual en la que Berger se encuentra-. Berger, al igual que Marx, parece entender la producción como una actividad social, del mismo modo que cualquier forma de división del trabajo, como la suma de los propósitos y los intereses comunes de unos cuantos individuos a quienes competen. "Si una parte de la sociedad se apropia el producto del trabajo para su exclusivo lucro, como, según Marx, ocurre en la sociedad capitalista, va en contra de lo que los hombres necesitan para desarrollarse libremente," (Cardona, 1991: 96). Afirmaba Marx que los intereses de los explotadores y de los explotados serían por tanto opuestos, y que la supervivencia de cada clase dependería de su posibilidad de derrotar al contrario en una constante lucha. Para Marx, el monopolio de los medios de producción por parte de un grupo particular de hombres, permite a este grupo imponer su voluntad, obliga a otros grupos a realizar tareas que no tienen nada que ver con sus propias necesidades. En estas circunstancias, Berger apuesta por una reconsideración y reelaboración del entramado político, que permita a los proletarios en general y a los campesinos en particular adquirir competencias y derechos de clase. Se trata pues, de una propuesta demasiado llana y sencilla aunque no por ello fácil de conseguir. Marx, de quien Berger probablemente ha partido en la elaboración de su propuesta socio-política, era sin embargo mucho más directo y rotundo. Afirmaba que el proletariado en general tiene derecho a lo que cualquier otra clase social tiene derecho, y que la lucha era o sería la condición de su supervivencia. A esta lucha propuesta por Marx no le sucedería ninguna otra, porque ella está destinada a finalizar con la condición de todas esas luchas al abolir las clases como tales, al disolver el mismo Estado (hasta este momento instrumento de una clase única), en una sociedad libre (porque ya no habrá clases). Para Marx el proletariado debía comprender que no es posible ningún pacto con el enemigo, aunque, si bien puede concertar alianzas temporales para derrotarle, en última instancia ha de volverse contra él, (Cardona, 1991: 97-98). Sólo así campesinos y obreros podrán salir adelante y evitar una sociedad cada vez más injusta y basada en los intereses de una minoría. Y sólo así los campesinos podrán subsistir. Esta nueva situación social debería ir en concordancia con ese avance constante de la tecnología, lo que haría que en ese nuevo orden de circunstancias materiales y en esos nuevos medios de producción, el campesino no se viese desfasado y no tuviese que cerrarse al progreso y a la técnica por miedo a verse relegado a la categoría de especie en extinción. No debemos olvidar que según Marx, uno de los ejes fundamentales de todo trabajo y de toda creación es "la constante renovación, que vuelve absurda la concepción [campesina conservadorista] de principios fijos intemporales" [Énfasis mío] y rechazo de los avances de la técnica que podemos observar a lo largo de todo el libro y especialmente en boca de las personas de más edad. Los campesinos deberían, desde su delicada posición, no cerrarse al progreso, y, como hace el propio Berger (cuando intenta aproximarse a un momento dado de la experiencia), realizar un escrutinio y un movimiento de conexión con los nuevos progresos de la técnica para observar si esa constante de aferrarse a los métodos tradicionales es la única forma de luchar contra esas circunstancias adversas, de progresiva extinción, que les ha tocado vivir.

➤ Bibliografía

JOHN BERGER: *Pig Earth*, Writers and Readers, London, 1979. Las citas paginadas corresponden a la edición traducida: *Puerca Tierra*, Tr. Pilar Vázquez, Alfaguara, Madrid, 1989].

F.L. CARDONA CASTRO: *Marx,* Editors S.A., Barcelona, 1991.

KARL KAUTSKY: *El Pensamiento Económico de Marx*, Baires S.R.L. (Papeles Políticos), Buenos Aires, 1974.

D.L. KIRPATRICK: *Contemporary Novelists*, St. James Press,London, 1988.

K. MARX Y F. ENGELS: *Cuestiones de Arte y Literatura*, Eds.Península, Barcelona, 1975.

V. SÁNCHEZ DE ZAVALA: *Indagaciones praxiológicas,* Siglo veintiuno de España Editores, Madrid, 1973.

SIMONE WEIL: *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social,* Premià Editora, México, 1978.

RAYMOND WILLIAMS: *Marxism and Literature,* Oxford University Press, Oxford, 1977